



¿OCASO DEL BUEN SARDANISTA?

Cuando en nuestras audiciones de sardanas ya no existan, — y Dios quiera que sea ello lo más lejano posible, — estas dos o a lo más tres contadas anillas de veteranos sardanistas que atraen siempre la atención de todos los concurrentes a aquellas audiciones, ¿quedará el enlace entre los que se irán y la juventud que presume de recoger esta herencia que aún va siguiendo en pié? ¿Qué síntoma exterior puede dar la respuesta a esta materia folklórica?

Porque siempre que se presencia una audición de sardanas, difícilmente puede encontrarse al sardanista culto, espiritual, consecuente en lo que está ejecutando, excepción hecha de los veteranos sardanistas aludidos anteriormente. Todas estas nuevas promociones de jóvenes que se lanzan a engrosar las anillas que se forman en nuestro Paseo del Mar y Ramblas, ¿no dan la impresión de que danzan por danzar? ¿Podrían decir si saben algo de aquel decálogo del buen sardanista titulado: «Els cent consells del Consell de la Sardana», no ignorado por ninguno de los que ya hemos cruzado el cabo de la madurez?

Claro que a una juventud que progresivamente se ve encauzada

por derroteros muy dispares de aquellos tiempos de nuestra Señora la Sardana, no puede censurársele una ausencia de la misma o una indiferencia para con ella. Quizá ayude a ello también porque es una danza que uno se la encuentra en el camino y siempre gratis. — ¿Vale la pena interesarme por la belleza de la Sardana, deberán decirse los jóvenes que no saben lo que es bregar en su campo, cuando se ofrecen tan fáciles estas audiciones públicamente? Un baile en local cerrado, bien es verdad que me cuesta lo mío, pero allí tengo ocasión de resarcirme de lo que pago. Aquí, en pleno Paseo y a la vista de todos, cogidos solamente de las manos, no es cuestión de darse mucho en ello. Bailemos por bailar.

Por estas razones, apenas al alma ver como así no puede ser comprendida. Más, en cambio, a esta juventud puede señalársele que nuestra clásica danza siempre fué distinguida por sus cultivadores, sin empañarla con manifestaciones de otros bailes que aunque llamados de sociedad, estuvieron siempre desprovistos de la plasticidad y carácter de la Sardana. Esta fué, en todo momento, austera y supo mantener el equilibrio entre el cuerpo y el espíritu.

Y si hasta aquí no pasa de un lamento, no puede serlo para aquellos que valiéndose de una audi-

ción no pretenden otra cosa que hacer una demostración de cuerpo cimbreado como se haría en cualquier cabaret. O bien, para aquellos que como si se desentendieran de las manos de su pareja que tan galantemente se ofrecen en la ejecución de los compases, levantan nervudos los brazos al aire como en actitud de clamar venganza a los dioses, igual a como lo haría el hechicero de cualquier tribu de la selva, al tiempo que van contorsionando el cuerpo creyendo con ello plasmar a las mil maravillas las notas sublimes de la cobla.

¡Qué ignorancia querer desatender el diálogo distinguido de las manos, igual que la soltura del puntear de los piés en nuestra danza! Los que no les llega su sensibilidad para ello, los que buscan en su ejecución la individualidad con excentricidades adquiridas donde quiera que sea, naufragarán solitarios en la isla desierta de la indiferencia, porque la belleza de la Sardana está en la sencillez y en la sencillez estuvo siempre la belleza.

¿Llegará día, pues, que nuestra danza vea el ocaso de sus cultos mantenedores, debido a una época de incompreensiones e insensibilidades para con ella o de flirteos con importaciones exóticas? Confiemos en que esto no suceda.

Lorens